

Artículo

Mente masculina y mente femenina: Edith Stein y la Neurociencia

GUILLERMO SANTIAGO SALINAS
Escuela Universitaria de Teología
guillermosalinas@ufasta.edu.ar

Resumen: Entre las actuales contribuciones de la neurociencia se encuentran nuevos estudios en torno a la cuestión de la diferenciación sexual cerebral, su relación con las conductas típicamente masculinas o femeninas y su desarrollo por factores genéticos y socioambientales. La cuestión acerca del origen de dichas diferencias aún se encuentra abierta, así como el problema de los fundamentos psicológicos de las conductas masculinas y femeninas. En el pensamiento de Edith Stein encontramos una respuesta para dichas problemáticas, además de una descripción psicológico-metafísica a partir de las tendencias generales del despliegue y desarrollo de la especificidad sexual, en sus variantes de masculinidad y feminidad. Realizando una comparación entre ambos planteos, puede llevarse a cabo un fructuoso diálogo para el conocimiento en torno a esta realidad, buscando avances acerca de la relación entre mente y cerebro, entre vida psicológico-espiritual y las conductas típicamente femeninas y masculinas.

Palabras claves: Neurociencias; Neuropsicología; Masculinidad; Feminidad; Sexualidad.

Abstract: In the current contributions of neuroscience, we find many new studies about brain sex differences, its relationship with sex-typical behaviour and its development by factors as genetics and social environments. The matter about this differences' origin stays as an open question, as well as the problem of the psychological founds of female and male behaviour. In the Edith Stein's thought, we found an answer to those questions, in addition to a psychological-metaphysical description of sexual male and female's specificity, based in its developmental general tendencies. By a comparison of both contributions, a fruitful dialogue for the knowledge of this matter, searching for forward steps about the brain-mind relationship and psychological-spiritual life and the sex-typical behaviours.

Keywords: Neuroscience; Neuropsychology; Masculinity; Femininity; Sexuality.

INTRODUCCIÓN

Desde sus comienzos, la neurociencia ha realizado estudios entorno al desarrollo de las diferencias cerebrales y conductuales en el varón y la mujer. Estos se han constituido en verdaderos aportes para el conocimiento neuropsicológico de la persona humana, ya sea acerca de la identidad u orientación sexual como de las conductas típicas masculinas o femeninas (como, por ejemplo, en niños, conductas lúdicas), entre otros. En este tiempo, en que las diferencias sexuales y su origen buscan un nuevo paradigma interpretativo, en que las teorías del género atraviesan fuertemente el pensamiento las diversas sociedades y en donde la neurociencia profundiza sus conocimientos con nuevas tecnologías, parece ser fundamental, para el pensamiento filosófico e interdisciplinario, abordar la problemática de la sexualidad, o especificidad sexual, en relación con su dinamismo psicológico específico, masculino o femenino, y su desarrollo vital.

El presente artículo intenta realizar un breve y original acercamiento a dicha problemática, vinculando la posición actual de la neurociencia – entorno al desarrollo de las diferencias sexuales neuroconductuales – a los aportes brindados por el pensamiento de Edith Stein. De esta manera, intentaremos ofrecer una síntesis de sus afirmaciones filosófico-psicológicas, para poder así encontrar en la neurociencia fundamentos biológicos que se correspondan y complementen con lo expuesto por la filósofa alemana.

1. POSICIÓN ACTUAL EN NEUROCIENCIAS¹

Actualmente, por los aportes logrados por estudios neurocientíficos, se comprende que las diferencias sexuales neuroconductuales en seres

¹ Para la presentación de la postura actual de las neurociencias, en torno al tema mencionado, seguimos los siguientes estudios neurocientíficos que, bajo una revisión histórica y teniendo en cuenta la situación en el presente, analizan los avances sobre la problemática que aquí tratamos, ver: HINES, MELISSA. «Neuroscience and Sex/Gender: Looking Back and Forward». *Journal of Neuroscience*, 40 (1). 2020; RISTORI, JISKA ET AL. «Brain Sex Differences Related to Gender Identity Development: Genes or Hormones?». *International Journal of Molecular Science*, 21. 2020.; JENNINGS, KIMBERLY ET AL. «Neural and Hormonal Control of Sexual Behavior». *Endocrinology*, 161 (10). 2020; BEN-SHAHAR, YEHUDA; LEITNER, NICOLE. «The neurogenetics of sexually dimorphic behaviors from a postdevelopmental perspective». *Genes, Brain and Behavior*, 19. 2020; SWAAB, DICK. «The Complex Relationships between Sex and the Brain». *The Neuroscientist*. 2019; KIESOW, HANNAH ET AL. «10,000 social brains: Sex differentiation in human brain anatomy». *Sciences Advances*, 6. 2020.

humanos se encuentran evidenciadas en la identidad sexual, la orientación sexual y en las conductas lúdicas típicas en niños y niñas². Estas diferencias se ven influenciadas por varios factores, no sólo neuronales y hormonales, es decir, biológico-genéticos, sino también factores socioambientales, como la socialización con los padres y los pares y la propia socialización (o relación con la propia persona), basada en el entendimiento cognitivo del sexo. Sin embargo, y a pesar de haber encontrado diferencias en el cerebro, las causas de la relación cerebro-mente (y psiquis y conducta) permanecen oscuras. Dichas diferencias sexuales encontradas, entre los cerebros masculinos y femeninos, son sólo unas pocas y no han sido relacionadas con grandes diferencias psicológico-conductuales. Debido a esto último, algunos estudios han afirmado que el cerebro no es uniformemente masculino o femenino³.

Por otro lado, bajo diversos estudios se han documentado grandes diferencias conductuales, que se corresponden con características propias de ambos sexos, como pueden ser: una específica predominancia femenina en datos de estudios referentes a la empatía y una predominancia masculina tanto en datos concernientes a agresión física y dominación social, como acerca de percepción y rotación mental – asociados a representaciones mentales de objetos abstractos tridimensionales⁴ –. También se han encontrado diferencias conductuales en niños varones a la hora de tener preferencias lúdicas, de tener interés por pares femeninos y de identificarse con su propio sexo como niños.

Así entonces, las tres características psicológico-conductuales que se constituyen como grandes diferencias sexuales son las conductas lúdicas en la infancia, la orientación y la identidad sexuales. Estas tres son usualmente relacionadas con funcionamientos hormonales⁵, siendo la primera característica aquella que cuenta con más estudios realizados⁶. De esta manera, la evidencia neurocientífica sugiere que el dimorfismo sexual cerebral podría ser el substrato anatómico del desarrollo psicosexual, en el que tendrían un rol fundamental las hormonas gonadales⁷.

² Cf. HINES, MELISSA. «Neuroscience and Sex/Gender: Looking Back and Forward». *Journal of Neuroscience*, 40 (1). 2020. 37.

³ Cf. HINES, MELISSA. «Neuroscience and Sex/Gender: Looking Back and Forward». 38.

⁴ Cf. IBID., 40.

⁵ En diversos estudios se han datado cambios conductuales típicamente masculinos en mujeres que han sido expuestas a testosterona en períodos prenatales. Estos cambios también están relacionados con los genes sexuales (cf. IBID., 42).

⁶ Cf. IBID., 41-42.

⁷ Cf. RISTORI, JISKA ET AL. «Brain Sex Differences Related to Gender Identity Development: Genes or Hormones?». *International Journal of Molecular Science*, 21. 2020. 1.

Nuevos estudios evidencian que el entorno social y la comprensión cognitiva de los niños acerca de la identidad sexual juegan un papel fundamental como factores en el desarrollo de la propia sexualidad en dimensiones neuroconductuales. Como ya hemos dicho, la relación con los miembros familiares, los padres, los pares, maestros y extraños, influye en las conductas típicamente masculinas o femeninas. La experiencia concreta de la realidad de la masculinidad y la feminidad contribuye fundamentalmente a la valoración de la propia identidad sexual, por el encuentro de la propia realidad frente a la alteridad; a la preferencia y elección de actividades apropiadas e identificables con un sexo o el otro, relacionadas, asimiladas y valoradas según el entramado social; y a la relación con la propia persona, según lo aprehendido en la valoración social de un sexo o el otro⁸.

Sin dudas, todos estos aportes colaboran con la comprensión del desarrollo humano a niveles neuropsicológicos y socio-conductuales, descubriendo el alcance de las interacciones entre genética y factores del entorno en la realidad de la sexualidad humana. Mediante estos aportes, la neurociencia puede ofrecer el conocimiento de diferencias sexuales cerebrales que se correspondan con tendencias conductuales o patológicas, ofreciendo nuevos conocimientos para los diagnósticos psiquiátricos, cuyos datos difieren entre ambos sexos. Ejemplos de esto último son el Trastorno del Espectro Autista, el déficit de atención o el trastorno de hiperactividad, entre otros trastornos de la conducta, más comúnmente diagnosticado en varones; así también, los trastornos alimenticios, el trastorno depresivo mayor o el trastorno de ansiedad generalizada, más comúnmente diagnosticado en mujeres⁹.

Asimismo, como hemos expuesto anteriormente, “grandes diferencias conductuales corresponden con grandes diferencias cerebrales”¹⁰, pero estas últimas no se han encontrado, más que en la diferencia del tamaño del cerebro, que es usualmente un %11 mayor en varones que en mujeres¹¹. Los estudios que han contribuido al conocimiento de diferencias cerebrales entre los sexos masculino y femenino demuestran

⁸ Cf. HINES, MELISSA. «Neuroscience and Sex/Gender: Looking Back and Forward». 41-42.

⁹ Cf. IBID., 45.

¹⁰ Cf. IBID., 43.

¹¹ Otros estudios también demuestran que el tercer núcleo intersticial del hipotálamo anterior (INAH-3) es mayor en varones que en mujeres, y esto parece relacionarse con las diferencias sexuales. Asimismo, se ha datado que la región central de la estría terminal cerebral muestra diferencias entre ambos sexos y se la ha relacionado con la identidad sexual (cf. IBID.).

que las diferencias son mucho menores que las similitudes, y que las variaciones muchas veces se corresponden con particularidades individuales de aquellos que han participado de los estudios¹². Hasta aquí, dichos estudios parecen indicar que no cabe una afirmación tal como la de una mente femenina distinta de una masculina, ni de un cerebro masculino diverso de uno femenino, a pesar de las claras diferencias sexuales encontradas en las estructuras cerebrales, cuyas causas quedan aún sin ser descubiertas¹³. Sin embargo, las diferencias en características y tendencias psicológico-conductuales entre varón y mujer existen, y quizá su existencia y desarrollo no tenga fundamento en grandes diferencias cerebrales, sino en una dimensión humana inmaterial, tal como su vida anímica.

2. EL PENSAMIENTO DE EDITH STEIN

Al buscar los fundamentos de las diferencias y características conductuales de varón y mujer en el pensamiento de Edith Stein, nos encontramos con una descripción filosófico-psicológica de la especificidad sexual humana, a partir de sus tendencias, en referencia recíproca entre la feminidad y la masculinidad.

La especificidad sexual, entonces, se comprende como una disposición habitual del alma (*psyché* y espíritu) que confiere a los comportamientos conductuales un sello definido y unitario, cuyo carácter los hace visibles y reconocibles exteriormente¹⁴. En pocas palabras, la especificidad sexual es una cualidad de la persona humana¹⁵ que unifica y da sentido, en razón de

¹² Cf. IBID., 44

¹³ Cf. IBID., 46.

¹⁴ Cf. EDITH STEIN, *La mujer. Su papel según la naturaleza y la gracia* (Madrid, Ed. Palabra, 2006), p. 23.

¹⁵ Aquí identificamos la especificidad sexual (o sexualidad) con una cualidad accidental y hábito, en sentido aristotélico y tomista, que refiere a disposición por la que un sujeto está dirigido u orientado, de forma conveniente, según su naturaleza. Este, según lo expuesto por santo Tomás de Aquino, reside en el alma y guarda estrecha relación con su soporte corpóreo-material (cf. S. Th., I-IIae, q. 49, aa. 1-2; q. 50., a. 1.). Es evidente que, en sus escritos, Stein no realiza tal identificación de manera explícita, pero sí de manera implícita. Esto puede verse al comparar el uso del concepto de *ethos*, presentado y definido por la autora en el texto «*El ethos de las vocaciones profesionales femeninas*» y completamente identificado por ella misma con la concepción de cualidad accidental de hábito en el pensamiento tomista, con el concepto de *especificidad anímica sexual*. El término *ethos* es utilizado por Stein para designar el principio configurador de la actividad profesional, mientras que el término de especificidad sexual es usado para designar al principio configurador del *ethos* mismo. De este modo, es la idea de *ethos* identificada con la de hábito y, a su vez, ambas, de forma implícita, con la de especificidad sexual, y esto

su fin, una específica disposición o configuración de las potencias anímicas en el conjunto de la naturaleza humana¹⁶.

Dicha especificidad tiene origen, entonces, en la vida anímica. El alma es comprendida como co-principio formal, junto al cuerpo, co-principio material, de la naturaleza humana¹⁷. De este modo, el alma es aquella que da origen también a la especificidad sexual como cualidad accidental, cuyas diferencias en varones y mujeres se verán exteriormente en el cuerpo vivo, que goza de los correspondientes funcionamientos materiales para la vida anímica, y la conducta, que encuentra su profundidad en la vida psicoespiritual.

Esta especificidad sexual, masculinidad o feminidad, es objeto de desarrollo tanto a niveles biológico-genéticos – como hemos expuesto anteriormente –, como psicológicos y socioambientales¹⁸, y se encuentra en profunda relación con el desarrollo individual personal, siendo capaz de contribuir en la conducta individual y la vivencia y formación de la vida intrapsicológica¹⁹. Se distinguen una de otra – la masculinidad y la feminidad – según los mecanismos causales psicológicos y espirituales (*fuera vital* y *motivación*) y su despliegue propio en la vida práctica y comunitaria, junto al dinamismo propio de la afectividad (*Gemüt*)²⁰. Estos encuentran modos de despliegue diversos en el varón y en la mujer, siendo un modo más unilateral y dirigido hacia objetos, más analítico-conceptual y objetivo el masculino, mientras que más armónico y dirigido a lo personal-vital, más intuitivo y consumidor, concreto y subjetivo el femenino²¹.

3. FACTORES DEL DESARROLLO DE LA ESPECIFICIDAD SEXUAL

3.1. EL INDIVIDUO Y LA PECULIARIDAD PERSONAL

Según la neurociencia y el pensamiento de Edith Stein, la persona humana, y su especificidad sexual, encuentra diversos factores para su desarrollo,

puede verse en: Cf. EDITH STEIN, *La mujer. Su papel según la naturaleza y la gracia*, pp. 25-26; p. 101; pp. 228-229; pp. 318-319).

¹⁶ Cf. SALINAS, GUILLERMO. (2020) «La masculinidad en Edith Stein: un acercamiento filosófico». *Dios y el hombre*, 4 (2), 8-9.

¹⁷ EDITH STEIN, *La mujer. Su papel según la naturaleza y la gracia*, p. 26.

¹⁸ Cf. SALINAS, GUILLERMO. «La masculinidad en Edith Stein: un acercamiento filosófico», 12.

¹⁹ Cf. IBID., 9.

²⁰ Cf. IBID., 9-10.

²¹ Cf. IBID., 11.

tanto genéticos y biológicos como experienciales y socioambientales. Asimismo, la neurociencia y la filósofa alemana plantean la cuestión de la individualidad como factor del desarrollo de la especificidad sexual en cada persona humana: la primera posición asegura que no existe tal cosa como un cerebro uniformemente femenino o masculino, mientras que la segunda afirma la existencia de dos dinanismos psicológicos específicos y diferenciados.

Más allá de la aparente carestía de reconciliación entre estas dos posiciones, encontramos que el pensamiento de Stein es confirmado por las afirmaciones de la neurociencia – a pesar de que Stein no discurre en su pensamiento sobre las cuestiones de la identidad y orientación sexuales –. Esto último es debido a que ningún individuo es sólo un varón o una mujer, sino que la especificidad sexual se encuadra en el marco de una persona individual de naturaleza humana, con su propio carácter y personalidad o peculiaridad individual, es decir, con sus propias disposiciones y cualidades individuales que lo distinguen de otros²². Asimismo, cada varón y mujer participa de la naturaleza humana genérica, por lo que serán siempre mayores las similitudes que las diferencias entre estos, y no se encontrará tal cosa como un cerebro uniformemente masculino o femenino, sino uno humano con concretas y específicas diferencias sexuales, incapaces de distinguir al individuo sexuado como un género particular diverso.

De este modo, es fundamental el desarrollo de la persona humana íntegra para el desarrollo de la especificidad sexual. Todas las dimensiones de la realidad humana deben ser íntegra y armónicamente desarrolladas para promover el despliegue de la especificidad sexual. Además, las particularidades personales deben ser tenidas en cuenta, puesto que estas también determinarán el modo de despliegue de la especificidad sexual del individuo concreto.

3.2. LA RELACIÓN INDIVIDUO-COMUNIDAD

La valoración realizada por la neurociencia acerca de las experiencias sociales, como factores determinantes del desarrollo de la especificidad sexual, se corresponde en gran medida con la valoración steiniana de la relación individuo-comunidad, en el mismo sentido. La especificidad sexual se desarrolla en la persona humana en su interacción social, por ser esta misma un ser social: “lo que el hombre es en el mundo social no es lo único que lo determina, pero sí es un factor co-determinante de su

²² Cf. IBID., 7-10.

configuración en cuanto ser anímico-corporal²³. Es en el marco de un todo social en el que la persona encuentra su lugar de despliegue, donde sus cualidades individuales y humanas genéricas se desarrollan, sin perderse como individuo en el entramado relacional.

La vida psíquica y espiritual influye en la vida comunitaria como la fuente de la cual esta última se constituye, de modo que las características personales son incluidas en la comunidad como unión social. Las tendencias psicológicas son integradas tanto como los valores vivenciados por los individuos, de modo que la feminidad como la masculinidad son parte de la vivencia total de la comunidad, así como la orientación e identificación sexuales y las conductas típicamente masculinas y femeninas y la valoración de estas. Masculinidad y feminidad conforman y son formadas en y por la comunidad, así como la experiencia individual es fundamental para la experiencia comunitaria, brindando contenido y estructuración de la realidad social y sus valores propios.

Cabe también aclarar que habrá un modo específicamente masculino y uno femenino de vivir la realidad social y de desplegarse en ella²⁴. Por otro lado, la empatía como acto fundamental de aprehensión de vivencias ajenas, como condición de posibilidad de la intersubjetividad, logrará brindar un gran aporte a la vivencia individual y existencial de la feminidad y la masculinidad en el entramado social²⁵. Esto concuerda y se sustenta con lo mencionado previamente acerca del entorno social y la comprensión cognitiva de la identidad sexual como factores determinantes, según la neurociencia; siendo parte del dinamismo social, la socialización con familiares, padres, pares, maestros y extraños, varones y mujeres. De este modo, se fundamenta filosóficamente la valoración individual y comunitaria de actividades apropiadas e identificables con una determinada especificidad sexual, influenciada por la vivencia social y personal de la sexualidad.

²³ Edith Stein. *La estructura de la persona humana* (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007), p. 163.

²⁴ Cf. SALINAS, GUILLERMO. «La masculinidad en Edith Stein: un acercamiento filosófico», 11-14. En este sentido también se orientan los nuevos aportes de la neurociencia, considerando, por un lado, cómo afecta pasivamente a la vida cerebral la experiencia social tanto en varones como mujeres, y, por otro, la influencia de la feminidad y la masculinidad en la experiencia social de la persona humana o en la creación de vínculos. Acerca de esto último, ver: KIESOW, HANNAH ET AL. «10,000 social brains: Sex differentiation in human brain anatomy». *Sciences Advances*, 6. 2020. 1-11.

²⁵ Cf. IBID., 14-15.

4. EL PROBLEMA MENTE-CEREBRO

Por último, en ambas posiciones encontramos una aproximación al tema del origen de la especificidad sexual y su desarrollo, las características y tendencias psicológico-conductuales femeninas y masculinas. En ambos casos se plantea el origen en torno a la relación entre cerebro y mente, pero de modos diversos.

En cuanto a la neurociencia, se comprende que la búsqueda de diferencias sexuales cerebrales intenta responder a dicha cuestión – el origen y desarrollo de la especificidad sexual –, pero esta parece ser *per se* insuficiente, siendo complementada por los factores socioambientales. El origen de la especificidad en sí misma queda reducido entonces a fundamentos únicamente genéticos o sociales, o a una mezcla de ambos factores. La cuestión de la vida psicológica y su dinamismo queda reducida, abandonando a la mente a una realidad fundamentada en dichos factores: es entonces el cerebro el origen de la vida psicológica y su dinamismo es netamente consecuciones de factores anatómicos, o es solo el sustrato de la vida social, que da dinamismo, significancia y orientación a la vida psicológica. En ambos casos, la masculinidad y la feminidad, junto a la dimensión psicológica-espiritual humana, quedan reducidos en su existencia, sin poder entonces fundamentar aquellas conductas típicamente sexuadas que abren la incógnita misma acerca de su desarrollo. Por otro lado, la inexistencia de la especificidad sexual y la vida psicológica-espiritual abre paso a incógnitas antropológicas, morales y bioéticas, cuya respuesta promovería cambios paradigmáticos en la concepción de la realidad de la masculinidad y la feminidad²⁶.

²⁶ En este sentido se ha dirigido la argumentación de las Teorías de Género, promoviendo una concepción de inclusión de la diversidad de identidades sexuales que, lejos de coadyuvar hacia la inclusión, colabora con la aniquilación de ideas como masculinidad y feminidad, reduciéndolas a la pura subjetividad, quitándoles significancia y sentido en función del desarrollo de la persona humana en sus diversas dimensiones, e incluso aislando la realidad social de la sexualidad humana hacia un pobre individualismo. De esta manera, el género es entendido como aquella autopercepción sentimental por la que la persona se define como varón, mujer o cualquier otro género alternativo. Frente a esto, los estudios neurocientíficos señalan, al intentar comprender posibles patologías como la disforia de género, que la autopercepción que define la identidad sexual tiene sus fundamentos en factores del dinamismo psicológico, como pueden ser experiencias sociales, y no tanto en dimensiones neurológico-hormonales, puesto que las diferencias sexuales permanecen estables más allá de la autoidentificación con cualquier género. Acerca de esto, ver: RISTORI, JISKA ET AL. «Brain Sex Differences Related to Gender

En cuanto al pensamiento steiniano, la cuestión del origen de la especificidad sexual encuentra lugar a partir del discurrir metafísico que fundamenta las posteriores descripciones psicológicas realizadas por la filósofa. De esta manera, los factores biológico-corporales y del entorno no se constituyen como el sustrato originario de la masculinidad y la feminidad, sino que son factores básicos de la vida psicológica y espiritual de la persona humana, siendo el cerebro parte del cuerpo animado, participando de la vida anímica de manera secundaria²⁷. El sujeto primario de la vida psicológica es la propia alma, siendo en la forma substancial donde inhiere la cualidad de la especificidad sexual, con sus debidas correspondencias en el cuerpo vivo²⁸. La dimensión corporal y anímica se armonizan en una unidad que constituye al individuo psicofísico, pero no es la primera la fuente de la vida psicológica y su dinamismo²⁹. De este modo, las conductas típicamente sexuadas, de forma análoga al desarrollo de la especificidad sexual, encuentran fundamento, primeramente, en la vida psicológica-espiritual y, secundariamente, en el cerebro. Siguiendo esto, a la mente, es decir, la vida psicológico-espiritual en Stein³⁰, por sus propias cualidades, le es conferida un dinamismo específicamente masculino o femenino: humano genérico, pero sexuado, al que corresponde materialmente un cerebro humano con sus grandes o pequeñas diferencias, sexuales específicas y personales particulares. Dicha cualidad y su despliegue y desarrollo se viven entonces en la propia especificidad sexual, y cabe hablar, sólo en este sentido, de una mente masculina y una mente femenina. Asimismo, el desarrollo personal humano se da como una especie doble, cuyas diferencias sexuales no implican diferencias en humanidad, sino particularidades que sellan su

Identity Development: Genes or Hormones?». *International Journal of Molecular Science*, 21. 2020. 1-6.

²⁷ Cf. AKIRA GOTO, TOMMY; BORGES DE MORAES, MAK ALISSON. (2016). «Contribuciones de la Fenomenología de Edith Stein al problema mente-cuerpo: apuntes para la psicología». *Investigaciones fenomenológicas* (13), 84-87.

²⁸ Cf. IBID.

²⁹ Cf. IBID.

³⁰ Cabe aclarar que la filósofa nunca utilizó el término “mente” en el sentido que aquí lo hacemos, esto es, en el mismo en que se ha aplicado a los contemporáneos debates en torno a la problemática mente-cerebro. Stein ha utilizado tanto el término latino “Mens/Spiritus”, siguiendo a la tradición aristotélica y tomista, como el término psyché, que alude a la dimensión de los fenómenos psicológicos. Para un mejor acercamiento a la cuestión terminológica y el problema mente-cuerpo en Edith Stein, cuyo texto seguimos aquí, ver: AKIRA GOTO, TOMMY; BORGES DE MORAES, MAK ALISSON. (2016). «Contribuciones de la Fenomenología de Edith Stein al problema mente-cuerpo: apuntes para la psicología», pp.3-4.

modo específico de despliegue; y es en la complementariedad entre varón y mujer en que vemos en troquelado específico de la naturaleza humana³¹.

CONCLUSIONES

Sin lugar a duda, los nuevos aportes de la neurociencia son realmente positivos para el conocimiento de las diferencias sexuales neuroconductuales entre varón y mujer, logrando nuevos alcances y promoviendo nuevas preguntas e investigaciones. En estas nuevas contribuciones se ha podido ver la influencia tanto de los nuevos paradigmas filosóficos, ideológicos e investigativos, como el apoyo de nuevas tecnologías que descartan teorías interpretativas previas, que no lograban brindar conocimientos certeros y científicamente fundados.

En la presente aproximación al diálogo entre el pensamiento steiniano y los aportes de la neurociencia en la materia trabajada, hemos logrado postular un breve y original acercamiento comparativo vinculando dichas contribuciones a los postulados del discurrir filosófico de Edith Stein. De este modo, hemos podido constatar que ciertas afirmaciones, filosóficamente fundadas por la autora alemana, pueden ser confirmadas por los avances actuales de la neurociencia, en materia de diferenciación sexual neuropsicológica entre varón y mujer y su respectivo desarrollo como masculinidad y feminidad.

Hemos constatado que la especificidad sexual – feminidad y masculinidad – se ve influenciada en su desarrollo por factores genético-hormonales y socioambientales, según lo expuesto en estudios neurocientíficos. Corresponde a esto lo expresado por el pensamiento steiniano en torno a la relación cuerpo-alma y la relación individuo-comunidad, cuya influencia alcanza al modo de despliegue y desarrollo de la persona humana sexuada. Complementando a esto último el fundamento metafísico de la existencia de la especificidad sexual como cualidad anímica, Edith Stein confiere también a las dimensiones psicológica y espiritual un valor prioritario como factores para el desarrollo de la especificidad sexual.

³¹ EDITH STEIN, *La mujer. Su papel según la naturaleza y la gracia*, p. 228. En este sentido, Edith Stein se distingue del pensamiento androginista, en sus variadas formulaciones (como pueden ser el androginismo psicológico de C. G. Jung y Neumann, las teorías de la “totalidad” – *wholeness* -, entre otros). Acerca de la posición del androginismo, ver: MANFRED HAUKE. *La teología feminista. Significado y valoración*. (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2013).

Desde el punto de vista de la neurociencia, las diferencias sexuales cerebrales son tan sólo pocas, por lo que parecen incapaces de sustentar per se materialmente las diversas conductas típicamente masculinas o femeninas. Seguido a esto, diversos estudios consideran que no puede hablarse de tal cosa como un cerebro uniformemente masculino o femenino. Por otro lado, otros estudios sugieren que el dimorfismo sexual cerebral sí podría ser el substrato anatómico del desarrollo psicosexual, reduciendo la influencia de la vida psicológica-espiritual y de los factores del entorno en dicho proceso.

En el discurrir filosófico de Edith Stein, es posible afirmar que el factor anímico es primario, y que tan sólo de manera secundaria el cerebro, como órgano corpóreo-material, participa de la vida psicológica, en cuyo dinamismo tiene parte el desarrollo de la especificidad sexual³². De esta manera, el pensamiento steiniano brinda una posible solución a la problemática del origen de la especificidad sexual y su dinamismo conductual (relacionado directamente con el *ethos*³³ de la feminidad y la masculinidad), aún oscuro para la neurociencia, ofreciendo un nuevo paradigma interpretativo e interdisciplinar. Este posibilita la concepción de un modo específico de despliegue de la vida psicológica y espiritual masculina y femenina, pudiendo comprender los factores biológico-genéticos y del entorno con un correspondiente y respectivo fundamento filosófico y antropológico.

Este posible nuevo paradigma filosófico y antropológico steiniano implicaría cambios en la interpretación de los resultados de estudios neurocientíficos en torno a diversas cuestiones. Abriría paso para nuevos estudios interdisciplinarios, como, por ejemplo, entorno a la implicancia de la especificidad sexual en las patologías, en el desarrollo y en el

³² Esto último, podríamos decir, ocurre de manera análoga al acto de la inteligencia o la memoria, que, como facultad anímica, tiene su dinamismo en la vida del alma de manera primaria y en el cerebro de manera secundaria. Para una mejor descripción del funcionamiento de las potencias del alma en relación con el funcionamiento corporal, visto desde una perspectiva interdisciplinar entre el pensamiento filosófico tomista y la neurociencia, ver: José Giménez Amaya; José Ángel Lombo. La unidad de la persona. Aproximación interdisciplinar desde la filosofía y la neurociencia (Navarra, EUNSA, 2013).

³³ El *ethos* masculino y femenino refiere a una actitud anímica duradera o a una totalidad de hábitos que se constituyen principio configurador de la conducta de un individuo, siendo esta determinada según la concreta y particular especificidad sexual de cada persona, siendo expresión exterior (conductual) de la realidad interior (psicológica y espiritual) de la masculinidad y la feminidad vivida por cada persona humana.

dinamismo psicológico en general; la vinculación, en el desarrollo individual, de la especificidad sexual y la propia identidad y orientación sexuales, así como en relación con la disforia de género; las Teorías del Género y sus postulados ideológicos; a las contribuciones de la presente concepción de especificidad sexual en materia de neuroeducación, sociología y psicología del desarrollo; entre otros.

El cerebro, entonces, lejos de ser la causa de la existencia de la especificidad sexual, no se comprendería como uniformemente masculino o femenino, sino humano y sexuado, puesto que el varón y la mujer participan de la naturaleza humana total, sin ningún tipo de carestía, con sus particularidades y características propias, su propio modo de despliegue y sus propias necesidades en el desarrollo vital. A su vez, el dinamismo psicológico de cada individuo, con sus peculiaridades personales, participa completamente de la naturaleza humana, pero este sí se desarrolla de un modo específicamente masculino o femenino – que podríamos llamar, en cierto sentido, mente masculina o femenina –. Bajo la concepción steiniana, este modo de despliegue de la persona humana es capaz de dar fundamento a las conductas típicamente masculinas o femeninas. La concepción steiniana de la especificidad sexual logra, entonces, brindar nuevos interrogantes a la hora de vincular interdisciplinariamente neuropsicología y filosofía, puesto que el desarrollo personal vital, en su integridad y en relación con la masculinidad y la femineidad, puede ser comprendido en una dimensión que no ha sido tenida en cuenta por las investigaciones neurocientíficas consultadas.

Asimismo, el aporte steiniano abre nuevas preguntas acerca de la influencia de los factores genético-hormonales y del entorno en su relación con el propio despliegue de la especificidad sexual en sus dimensiones psicológica y espiritual. A esto se le agrega la vinculación entre desarrollo personal y desarrollo en sociedad, siendo la relación individuo-comunidad un nuevo espacio de investigación para la concepción steiniana y la neurociencia en conjunto. La experiencia vital social y la intersubjetividad parecen entonces objeto de posibles investigaciones para la neurociencia, tanto específicamente, como en relación con la masculinidad y la femineidad.

Como hemos expuesto, el aporte steiniano, como fundamento filosófico de la psicología y la antropología, en vinculación con la neurociencia, es capaz de librar a esta última del reduccionismo antropológico, en sus variantes biologicista y culturalista. De la misma

manera, nuevos estudios podrían realizarse en relación con la implicancia de la especificidad sexual y su desarrollo, según la concepción steiniana, en la formación de las unidades sociales y la cultura.

Finalmente, es posible encontrar en el pensamiento de Edith Stein una abarcadora concepción de la persona humana en diversas dimensiones de su ser. La incógnita acerca de las conductas típicamente masculinas y femeninas abre el interrogante acerca de su fundamento, tanto como del fundamento del dinamismo psicológico-espiritual de cada sexo y el origen de la especificidad sexual. Estas preguntas pueden encontrar una respuesta en el pensamiento antropológico y filosófico de Edith Stein. Es así que el vínculo interdisciplinar nos permite comprender con mayor profundidad la unidad de la persona humana en su desarrollo vital, en sus diversas dimensiones y de manera armónica e integral.